Una historia junto al fuego

Saúl Piemontesi

Capítulo 1

Una historia junto al fuego

-Te mataré cuando se apague el fuego del hogar- dijo la anciana mientras le alcanzaba una taza de té- Hasta entonces, aprovechemos su calor.

La mujer tomó asiento en una mecedora frente a la chimenea de piedra y señaló con una mano nervuda la que estaba junto a ella. El muchacho la ocupó y bebió del té.

-Es muy rico pero no reconozco el sabor ¿De qué es?

-Aceite de almendras y y cáscaras de manzana. Lleva varios años hacer lo suficiente como para llenar una taza, pero la ocasión lo amerita. Bebe lo que quieras; he tenido tiempo para hacer mucho.

-No sé cómo agradecerle lo que hará por mí -dijo el muchacho- Yo no podría… Permítame al menos darle un pequeño obsequio.

Sacó una pulsera del abrigo y la dejó en una mesita entre ellos. Nada en el mundo podría obligarlo a tocar una mano de esa mujer.

-Perteneció a mi madre y a su madre antes que a ella-explicó- Cuando era pequeño me contó una historia antes de dormir y me la puso en la muñeca. Nunca pude olvidar ese cuento.

-¿Por qué no me la cuentas? Luego será mi turno.

-Eso me gustaría –respondió el joven y bebió otro sorbo de té- Va a ser la primera vez que se la cuento a alguien y… supongo que la última.

-Hay tiempo suficiente. Cuéntame de esa noche y esa historia.

La mujer cerró los ojos y cruzó las manos sobre el regazo. Su respiración se volvió suave y acompasada.

-Era una noche de tormenta tan fría como ésta. Quizás más. Un potro se escapó del establo asustado por los truenos y los relámpagos. Mi padre corrió a traerlo de vuelta y yo quise acompañarlo pero mi madre me lo prohibió. “El potro se metió en el bosque-me dijo-Deja que vaya tu padre. Nunca debes ir al bosque, jamás” Le pregunté por qué pero se limitó a mirar por la ventana, las manos apretando una medalla que colgaba siempre de su cuello. había espanto en sus ojos. Permanecimos con la mirada fija en los árboles hasta que mi padre apareció caminando junto al caballo como si éste en vez de un animal asustado fuera un perro amaestrado. Sólo… caminaban juntos hacia la casa, como si pasearan.

Creo que eso me asustó tanto como lo había estado la bestia.

-Se está enfriando tu té- lo interrumpió suavemente la anciana, que había estado tan quieta y callada que parecía haberse dormido- Bebe y sigue contando.

El siguiente sorbo fue más dulce y comenzaba a sentir el sabor de las almendras.

-En fin, esa noche mi madre me acompañó a mi habitación luego de la cena, me arropó y me dio la pulsera. Recuerdo cada palabra que siguió a ese momento: "Esta pulsera era de tu abuela y ella me la dio poco antes de morir. Es de oro ¿Sabes? El oro es el botín favorito de las brujas pero además es su perdición porque las quema como el fuego. No pueden tocarlo y les es muy difícil permanecer cerca de él por mucho tiempo. ¿Sabes por qué no te dejé ir al bosque esta noche? Porque una bruja vive ahí, en una cabaña de piedra y madera. Sé que no irás al bosque mientras yo viva pero no puedo evitar que lo hagas cuando ya no esté así que debes prometerme que usarás esta pulsera por el resto de tu vida. Prométemelo." Se lo prometí, por supuesto. Estaba asustado como nunca antes ni después estaría. Me besó en la frente y se fue. Me costó dormirme esa noche y cuando lo hice soñé con una bruja que se asomaba entre los árboles del bosque saludándome y sonriéndome… Mi madre murió poco tiempo después y mi padre la siguió a la tumba antes de que yo terminara de llorarla. Desde entonces me ha estado torturando el recuerdo de esa noche, con la historia y la pulsera. Llevo años buscando esta cabaña-continuó el muchacho y señaló con un movimiento del brazo el amplio recinto- y hoy, sin buscarla, apareció frente a mí como salida de la nada. He venido a que me quite esos recuerdos y le agradezco mucho por eso.

La anciana abrió los ojos y habló con voz cascada y de tono triste.

-Es una linda historia y la has contado muy bien. Mereces una noche junto al fuego. Esa pulsera… ponla en tu bolsillo de nuevo. Me hace mal.

-Entiendo. Perdón.

-No importa. Debo agradecerte también por habérmela traído. Tu madre me la quitó hace muchos años y no me atrevía a buscarla.

-Pero… mi madre me dijo que mi abuela se la había dado antes de morir ¿Me mintió, entonces?

-Claro que sí. Yo no le di nada y aquí estoy, más vieja que el diablo y haciendo mejores bebidas que él. Echa un leño al fuego, querido; hace

mucho tiempo que no te veo y quiero que hablemos un rato más.